

PEQUEÑO PUSHKIN Y OTRAS HISTORIAS

ANTOLOGÍA PERSONAL

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 53

PEQUEÑO
PUSHKIN
Y
OTRAS HISTORIAS

ANTOLOGÍA PERSONAL

por

Mauricio Carrera



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

*F*ICTICIA

MÉXICO

2016

PEQUEÑO PUSHKIN Y OTRAS HISTORIAS. ANTOLOGÍA PERSONAL

D.R. © Universidad Autónoma de Nuevo León

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

D.R. © Mauricio Carrera

Primera edición: abril de 2016

POR LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Rogelio G. Garza Rivera

Rector

Carmen del Rosario de la Fuente García

Secretaria General

Celso José Garza Acuña

Secretario de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas

Director de Editorial Universitaria

Padre Mier 909 poniente, esquina con Vallarta

Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000.

Teléfono: (5281) 8329 4111/ Fax: (5281) 8329 4095

e-mail: publicaciones@uanl.mx

Página web: www.uanl.mx/publicaciones

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño de la portada: Armando Hatzacorsian

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Magnolia 11, col. San Ángel Inn, C.P. 01060, México, DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN por Ficticia: 978-607-521-064-3

ISBN por la Universidad Autónoma de Nuevo León: 978-607-27-0590-6

Impreso y hecho en Monterrey, México

Printed in Monterrey, Mexico

A Marisa, por nuestros paraísos
A Diego, por el fútbol americano que también nos une

A Rolando Rosas Galicia, poeta mayor

A Félix Suárez, poeta mayor

CONTENIDO

PRÓLOGO.....	11
BOOGALOO EN JAMAICA.....	13
MILLROY, LOS GENERALES DE MAO Y LOS PÁJAROS MUERTOS.....	47
BODY AND SOUL EN SAN GABRIEL.....	61
AZAR.....	83
ARETES.....	101
YO SOY LA COMADREJA.....	131
LLUVIA EN LA GIOCONDA.....	153
LAS VACACIONES EN EL <i>LIBERTAD</i> DEL ZURDO BARRENECHEA.....	191
PEQUEÑO PUSHKIN.....	201
MARILYN MONROE Y OTROS FAMILIARES.....	211
LAS HERMANAS MARX.....	227
EL GIGOLÓ MALAYO.....	277

PRÓLOGO

Los relatos reunidos en esta antología personal abordan aspectos que tienen que ver con los intereses de cualquier tipo de lector, pues exploran la médula de la vida misma, su esencia y su sentido: la búsqueda de un destino personal, la insatisfacción de permanecer en el mismo sitio, la soledad y el ansia de compañía, el retorno al origen, el afán de justicia, la atracción por la aventura. Mauricio Carrera es un narrador que no retrocede ante la vibración de las emociones, al contrario, parece sumergirse en ellas con la intención de provocarlas en sus lectores, y lo consigue sin esfuerzo aparente mientras, junto con sus personajes, nos empuja a llevar a cabo viajes interminables, a la conquista de la mujer deseada, a aprender a capotear las tragedias con ironía, sentido del humor y una pizca de cinismo.

Relatos largos, a medio camino entre el cuento y la novela breve, las doce piezas reunidas en *Pequeño Pushkin y otras historias* se toman el tiempo necesario para que el tono y la atmósfera de la historia nos envuelvan al grado de identificarnos con los protagonistas —casi siempre trotamundos, casi siempre enamorados—, y vivamos con ellos las peripecias a que los somete la imaginación de su creador.

Entre anarquistas dispuestos a cambiar el mundo, recién casados que pasan su luna de miel en un sitio lleno de la-

drones y timadores, combatientes revolucionarios, descendientes de filósofos, diplomáticos, padres deshijados, escritores asesinos, extranjeros indocumentados y periodistas, la lectura de estas páginas es algo semejante a una vuelta al mundo en excelente compañía, pero también es algo más: la prueba indiscutible de que el género no tiene secretos para un narrador como Mauricio Carrera y de que su voz resulta fundamental para la literatura mexicana actual.

Eduardo Antonio Parra

BOOGALOO EN JAMAICA

A David Lida

Hay mujeres que me han dejado, muchas. Afortunadas ellas. Se enamoran de dos, tres, rasgos mínimos de mi alma, y esperan ansiosas a que aparezcan más. Como no sucede, terminan por desilusionarse. Y por aburrirse. Y por buscar al hombre ideal en otros rumbos, en otros fracasos, en otras carteras. Sucedió con Charis. Su verdadero nombre es otro, de resonancias bíblicas y escandinavas. Fue mi segunda esposa. La primera se llamaba María Emilia, era hermosa y practicaba esgrima. Charis nadaba. Era alta, bella como modelo de revista y bailaba estupendamente la salsa y el merengue. También era rica. Bueno, no ella, sino sus padres, exitosos empresarios de la industria del mueble y del calzado. Era la heredera consentida, con eso me bastaba. Fue un noviazgo rápido. Encontré un anillo tirado bajo la butaca de un cine, se lo di al día siguiente junto con una rosa comprada en un supermercado y ella aceptó de inmediato. Creo recordar que dio saltitos de gusto y me abrazó. Cuando notifiqué a mi familia de mi inminente enlace matrimonial, mi madre me miró con expresión de *no tienes remedio* y mi padre se frotó las manos y dijo:

—Braguetazo.

Fue ella la que pagó la luna de miel. Soy un caballero y la dejé elegir el sitio. Resultó Jamaica, un *resort* todo in-

cluido con habitaciones de lujo y una hermosa playa. Ne-gril, si la memoria no me traiciona. Llegamos tras hora y media por carreteras llenas de baches y pueblos míseros con nombres que me hacían pensar en marcas de ron o en tesoros piratas.

—*Irie*—nos saludó Oona, la gerente. Una negra esbelta, madura, de hablar educado y de sonrisa mercadotécnica. Imaginé las cientos de horas pasadas en cursos de manejo hotelero para obtener esa sonrisa, a pesar de los estragos de la vida. Que no hubiera reprobado el de *el cliente siempre tiene la razón*, me parecía suficiente. Le decían la Duquesa. Se comportaba como tal. Bastaba con tronar sus dedos para que todo mundo la obedeciera. Eso no quiere decir que lo hicieran de buena gana; al contrario, sus subalternos, negros y negras de muy distintos tonos, tamaños, olores y raleas, dominaban el arte del refunfuño y del torcer la boca.

Eso mismo pasó con Solomon, un negro corpulento y altivo, que se tomó su tiempo antes de obedecer la orden de cargar nuestras maletas y conducirnos hasta nuestra habitación, en lo alto de un risco. Resoplaba a disgusto con su condición de aristócrata de república bananera convertido en sirviente. No dejaba de verle los pechos y las nalgas a Charis. Lo hacía de manera insolente, descarada. De nada le importó mi presencia, supongo que porque él era fuerte y yo, sin ser un alfeñique, nada hubiera podido hacer ante sus músculos en una pelea, a no ser propinarle unos cuantos manotazos y una patada en los huevos. Me tragué mi orgullo de gladiador de causas perdidas, pero abracé a Charis para reiterarle quién era el dueño. No le di las gracias. Tampoco le ofrecí propina.

Nos lo volvimos a encontrar por la tarde, justo antes de la puesta del sol, mientras paseábamos por la playa. Charis me juraba amor eterno. Eso tiene el atardecer, así como la luna

llena, los chocolates y el vino: placebos de inmortalidad. Nos besábamos, nos reíamos y jugábamos a no dejar que nuestros pies fueran tocados por el vaivén de las olas. Parecíamos felices. Lo éramos, a no ser por un detalle que no nos pasó desapercibido: nos seguía un trío de negros. A medianoche, y en Harlem, nos hubieran temblado las piernas. En el *resort*, bajo la mirada de un vigilante que portaba un cuerno de chivo, apostado a unos veinte metros de nosotros, la situación no dejaba de ser extraña pero acaso sin importancia. Incluso tenía su lado folclórico. Gracioso, casi. Turístico.

—Tal vez me confunden con una actriz famosa —dijo ella.

—O tal vez quieran matarme y saltarte encima para violarte.

—O al revés.

Fueron ellos los que se acercaron.

—*Irie* —dijeron al unísono. Era el saludo jamaicano, como el *jau* de los apaches. Lo hacían acompañado de una sonrisota plena de dientes blancos y encías de un naranja imposible. En lugar del apretón de manos, me hicieron juntar mi puño con el de ellos, moverlo de arriba abajo acompañado de un contoneo de hombros y de caderas, para rematar con un mutuo y juguetón masajeo de pulgares. Aplaudieron, divertidos y satisfechos, como si me hubieran visto hacer una suerte de perro. Con Charis fue diferente. *Milady*, le decían. Colocaron su mano extendida palma abajo y, uno por uno, le frotaron las yemas. Ella se ruborizó. También se irguieron sus pezones. Los negros lo notaron de inmediato. Se quedaron atentos, como si esperaran el milagro de que el insolente y entumecido pecho desbordara la blusa. Fue un momento extraño, cargado de una cachondeería ajena y vulgar. Charis quedó inmóvil e incómoda. Uno de los negros se rió de manera tonta y los demás lo siguieron.

—*No problem, man* —dijeron.

Nos reímos con ellos. Cualquiera a la distancia hubiera pensado que éramos viejos amigos. Cuates playeros del alma. Charis y yo nos veíamos de reajo, incapaces de saber qué ocurría. Lamenté no haber traído conmigo una pistola. O una *bazooka*. Algo, lo que sea, con experiencia en Vietnam o en la Franja de Gaza.

Se presentaron. Eran empleados del hotel y se ponían a nuestras órdenes. Uno de ellos se llamaba Sammy. Parecía el jefe. No podía estarse quieto ni un segundo, como si una cucaracha le recorriera por debajo de la ropa.

—¿Qué hora es? —preguntó.

No esperó mi respuesta. Tomó mi muñeca y él mismo vio el reloj. No dio la hora sino la marca. Los demás asintieron complacidos.

—*Milady!* —se acercó otro a Charis, la tomó de la mano e inspeccionó su anillo. El otro hizo lo mismo con sus aretes. Imaginé un soberbio asalto disfrazado de acto de prestidigitación: ahora están las joyas, ahora no están.

Charis sonreía. Parecía halagada pero en realidad estaba nerviosísima. Su mirada era de auxilio. Me pedía convertirme en Robin Hood, en James Bond o, de perdida, en el Águila Descalza o el Chapulín Colorado.

—*No problem, man* —se dieron cuenta de nuestra incomodidad.

—*Sí, no problem, no pressure, man.*

Yo estaba atento a Sammy, quien no había soltado mi muñeca. Contemplaba mi reloj con ojos de valuator de casa de empeño. Se saboreaba casi. Era mi regalo de bodas. Yo esperaba un auto, pero así se dieron las cosas y ni modo. Uno de ellos dijo una cantidad y los demás estuvieron de acuerdo. Supuse que era el precio que pedirían por nuestras cabezas o por nuestras joyas en el mercado negro.

En ese momento llegó Solomon.

—Usted necesita un guardaespaldas —dijo.

Sammy, apenas lo vio, emprendió la retirada. Lo mismo hicieron sus amigos. Caminaron hacia atrás algunos pasos y luego salieron corriendo, como si hubieran sentido el retortijón y la inminencia de la diarrea.

—*No problem, man* —fue lo último que les escuchamos.

Solomon se plantó frente a nosotros. Parecía un genio salido de una lámpara mágica. Sólo le faltaba el turbante y la cimitarra. Tenía los brazos cruzados y el porte de un luchador olímpico. Nos observaba con desprecio, con una superioridad que me pareció, más que física, racial. Charis se recargó en él y respiró aliviada.

—Gracias —dijo.

Había encontrado a su Chapulín Colorado.

II

Mi corazón es austero. Y saltimbanqui. Lo jodió el desamor, que es peor que el colesterol. No me niego a la seducción, tampoco a la buena cama. O a la mala, si ante el apremio no hay más. Pero apenas entreveo visos de encariñamiento, de desequilibrio de fuerzas, de posesión, de problemas hormonales o de una comodidad que invita a quedarse, huyo. Antes era al revés. Ya lo he dicho, al no encontrar más que besos pero no dinero, conversación entretenida pero no la vida ordenada del que levanta los calcetines del piso, se iban. Me pedían las llaves del departamento y me decían adiós con un chasquido de boca y una mentada. Lo hacían con desdén moderno, como si siguieran al pie de la letra los consejos de sus nuevos utensilios de cocina: los libros de autoayuda. Hoy me bato en retirada antes de ser abandonado de

nuevo. O de estar harto. O de soportar una existencia mediana y chancletas. No es una venganza. O una pose propia de los atroces tiempos que corren. Tampoco ha sido fácil. Ni para mí ni para ellas. La pareja es un monstruo que lo mismo acaricia que lastima. He recibido reclamos y diversos epítetos. De patán y cobarde no me han bajado. De poco hombre, también, lo cual ahora ha terminado por provocarme risa. Pero es mejor así. Prefiero las lágrimas tempranas a la pensión alimenticia, el abogado, la pérdida de libros o a la mudanza. Esto lo enseña el tiempo y los frentazos. No hay amor eterno. Las parejas se enamoran para conocerse y se desenamoran al conocerse. Lo demás son ripios y melcocha, alardes de casanovas pusilánimes o de poetas de rimas perfectas y rostros de polvo de arroz, pobres y demacrados, longevamente estreñidos.

No siempre fue así. En Jamaica yo estaba enamorado de ella. Hablo de Charis.

O tal vez pensé que lo estaba.

—Eres la mujer de mi vida —le dije, tras hacerle el amor con furor de acróbata brahamánico. Se lo dije mientras me limpiaba las lagañas, pero de manera honesta, sincera, sin sospechar lo que ahora sé: que la mujer de mi vida es siempre la siguiente.

—Tú eres la miel y yo soy la luna —repitió el eslogan del *resort*.

Lo habíamos leído en carteles, vasos, servilletas y folletos. También se lo escuchamos a la Duquesa, un día antes, al llegar. Nos la volvimos a encontrar a la mañana siguiente, durante el desayuno. Nos saludó con falso entusiasmo, como si se entrenara para caerle bien a la suegra. Tronó los dedos y apareció de inmediato el mesero.

Resultó Sammy.

—*Irie!* —dijo éste, con alegría.

La Duquesa carraspeó. Conservaba la sonrisa pero en su mirada apareció el peso del regaño, la molestia del alma corporativa que se siente ofendida.

Sammy intuyó que algo andaba mal. No supo qué. Repasó sus obligaciones de asalariado, como quien se acuerda de la tabla del ocho. Luego pareció dar con la respuesta.

—Ah, sí... Bienvenidos —hizo una caravana y nos señaló con falsa elegancia, primero a uno y luego al otro —: *You are the honey and you are the moon...*

La Duquesa casi aplaude.

—Es nuevo —lo disculpó, como si se tratara de un perico recién comprado que se negara a repetir babosadas.

Sammy no ocultó su incomodidad. Parecía un niño obligado a representar el papel de idiota. Más que apenado, estaba desolado.

Nos dio el menú y ordenamos.

Una vez que la Duquesa desapareció del restaurante, Sammy se acercó a nosotros. Lo hizo presuroso, con su andar inconfundible de toques eléctricos por todo el cuerpo, convulso e inquieto. Abandonó el papel de mesero para palmearme el hombro, sentarse junto a nosotros y morder un bizcocho de la canasta de nuestros panes. A no ser por su uniforme, de un rosa flamingo digno de una queja ante la comisión de arte o de derechos humanos, hubiera pasado por otro huésped. Un negro neoyorkino o londinense. Canturreó algo así como: *underneath the mango tree/ my honey and me watch for the moon*. Preguntó la hora. Tomó de nuevo mi muñeca y él mismo vio mi reloj. También el de Charis. Alabó la marca, así como el buen gusto de sus aretes, de sus pulseras, de nuestros anillos de boda.

—Están hechos en Francia. Los mandamos hacer a nuestra medida con el mejor de los joyeros franceses —presumió Charis. Lo aderezó con la más espléndida de sus sonrisas.

«PEQUEÑO PUSHKIN Y OTRAS HISTORIAS. ANTOLOGÍA PERSONAL»

DE MAURICIO CARRERA

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 4 DE ABRIL DE 2016 EN LOS TALLERES

DE LA IMPRENTA UNIVERSITARIA, CIUDAD UNIVERSITARIA S/N,

SAN NICOLÁS DE LOS GARZA, NUEVO LEÓN, MÉXICO

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES